

## EL ANGEL EXILIADO

Lucerín es un ángel joven. Bueno, la juventud, en su caso, no deja de ser una simple frase, dada su cualidad de espíritu eterno. Y, como ya se sabe, la eternidad implica la ausencia de tiempo o, visto desde otra perspectiva, algo sin principio, sucesión ni fin. Pues bien, Lucerín no es que tenga menos edad que los demás ángeles, simplemente posee más ingenuidad, mente menos complicada, parecida quizá a los seres del mundo percedero. Y este hecho, debido al mismo Creador, le imprime un carácter y una forma de ser especiales: travieso, juguetón, curioso, desordenado y, en ocasiones, desobediente, como podría serlo un niño de gran vitalidad.

Como ha sido explicado por sesudos teólogos, entre los ángeles existen diversas clases o jerarquías; y aunque Lucerín pertenece a las inferiores, si puede entenderse así la diferencia, él sólo tiene una especie de cariñoso respeto por el Arcángel San Miguel; los demás, sin distinción, son con frecuencia objeto de sus deliciosas travesuras y afectuosas bromas.

Como mensajeros, son los primeros en enterarse de los acontecimientos o de los mandatos. Y así fue como conocieron, Lucerín también, que un mundo distinto, material, cambiante, percedero, iba a ser creado. Y fueron testigos, por primera vez en la eternidad, cómo en el infinito vacío exterior al cielo, a consecuencia de la excesiva acumulación de materia surgida de la nada, -infinitésimas partículas elementales con cargas de energía-, que se comprimía más y más hasta que llegado un punto crítico se produjo, con gran estruendo y liberación de luz y calor, una enorme explosión. La materia, vertiginosamente, se expandió en todas direcciones, iluminando la oscuridad de una fantasmal y negra nada, que así se puebla

de enormes luminarias en fuga acelerada hacia no se sabe dónde. Había nacido, con el Big-Bang, el mundo material.

A Lucerín, claro está, ni la gigantesca explosión, ni el movimiento de la materia, le afectó lo más mínimo, como espíritu puro que es. Mas, a pesar de ello, quedó pasmado con aquel acontecimiento único y nunca antes conocido, y se extrañó al observar los objetos surgidos en el universo y los inauditos fenómenos de sus mutaciones, de sus cambios continuos, que distinguen una etapa de otra; descubrió, así, lo que en el mundo físico es el tiempo: el paso inexorable de una forma a otra, de un ciclo a otro distinto; algo que hasta entonces no había acontecido.

### II

Desde los amplios miradores de la gloria -si es que puede aplicarse esta forma tan materialista para indicar un lugar del cielo-, Lucerín observó entusiasmado, sin cansarse, durante días y días, tal vez años, quizás siglos, miles de siglos en nuestra medida del tiempo, el espectáculo impresionante de un cosmos en expansión. Estrellas, galaxias, nidos de galaxias, girando y formando espirales enormes; colisiones de objetos gigantescos, nubes de gases y polvo, agujeros negros engullendo, insaciables, materia; soles que se apagan y estallidos de supernovas... Y, casi invisibles, pequeños cuerpos y planetas navegando en torno a estrellas, impulsados por fuerzas contradictorias que, por un lado los arrastran hacia aquéllas y, por otro, los empujan para escapar de aquella atracción fatal....

Siguiendo uno de esos impulsos que a veces acometen a los jóvenes, un buen día -si cabe la expresión-, sin contar con



nadie, Lucerín se lanzó hacia aquel mundo material nuevo para conocerlo de cerca y admirar, así, las maravillas que intuía desde su observatorio. A la velocidad del pensamiento, cruzó el espacio en el que las estrellas giraban y giraban, mientras sus materiales se transformaban en una combustión inmensa. Visitó los más lejanos rincones poblados de galaxias y éstas, a su vez, agrupadas, casi en número infinito. Vio el espectáculo increíble de astros que se apagaban mientras otros surgían de repente con vivísima luz; admiró aquel conjunto inmenso de gigantesca hogueras en perpetua fisión nuclear, girando y arrastrando a cientos de miles de cuerpos apenas perceptibles. Una visión, desde la altura de lo sobrenatural, impresionante y terriblemente bella, donde masas de energía se convertían en luz y calor, trasmutándose en otros elementos, para después enfriarse y comprimirse tan-

to que nuevamente explosionaban, en un ciclo de actividad incesante y repetitiva.

Después, lleno de curiosidad, descendió para conocer de cerca cada uno de los cientos de miles de millones de pequeños mundos, que no podían verse desde arriba. Visitó soles con sus sistemas planetarios, estériles y fríos; cometas de colas luminosas, grandes pedruscos sin rumbo, nubes de gas... Y ya se proponía regresar, cuando descubrió una bella esfera de color azul, en torno a una pequeña estrella sin importancia destacable. Fue hasta ella y se encontró con un extraño e inigualable lugar, nunca antes visto en su deambular por el extenso universo. Desde lejos semejaba una bellísima bola de cristal azulado, con masas blancas que se desplazaban dentro de ella de forma caprichosa. Ya inmerso en este extraordinario objeto, vio una superficie líquida que ocupaba la mayor parte de su superficie.

El resto, sólido, lo constituía materia muy diversa de formas caprichosas: enormes montañas, verdes llanuras, valles umbríos y bosques, lagos, ríos de aguas transparentes... Un conjunto armonioso, paradisíaco, regado por lluvias intermitentes y acariciado por vientos húmedos que movían, graciosamente, las copas de los árboles y la profusa vegetación, como en una danza interminable de estos también seres vivos, arraigados en el suelo. Y descubrió, igualmente, otros insólitos seres, de aspecto y tamaños diversos, que caminaban, volaban con agilidad de acróbatas o se deslizaban veloces dentro del agua.

Observó como, al girar continuamente la esfera, el sol iluminaba y daba calor a la parte situada frente a él, con lo que existían periodos de luz -el día- y de sombras -la noche- al tiempo que la temperatura cambiaba. Todos los seres vivientes se habían acomodado a este ritmo de tal forma que, en el periodo de luz, se mostraban activos y, en el de sombra, descansaban.

Lucerín estaba entusiasmado con esta organización y celebraba el gran acierto que suponía. Pero cuando esto pensaba, percibió aviso que le conminaba al regreso. Entonces recordó -inocente- que había olvidado dar cuenta de sus intenciones de visitar el mundo material. San Miguel, que le aguardaba, tenía un aspecto adusto. Lucerín comprendió que se le venía encima una reprimenda y no fue capaz de sostenerle la mirada. Bajo los ojos y, consciente de su culpa, espero sumiso.

-¿Por qué no me has informado de tus intenciones?

-Tenía tanto interés en conocer la creación, que lo olvidé - se disculpó

-Pues hasta que te llame, permanecerás en ella. -ordenó el Arcángel.

### III

Cuando recobró la consciencia, Lucerín se encontró en el extraordinario mundo

que, visto desde lejos, parece una bellísima bola de cristal. Ante sus ojos se extiende un paisaje jamás contemplado: al pie del monte donde se encuentra, existe un verde valle por el que discurre un río de limpias aguas, que se pierde en la frondosidad de un extenso bosque; en el horizonte, un sol espléndido se despeza al comenzar un nuevo día, enviando cálidos rayos sobre la tierra húmeda y su alfombra de variadísimas de plantas., que despiertan alborozadas sacudiéndose el rocío de la noche, con lo cual se forma una leve neblina o celaje, que envuelve todo el panorama como si fuera un velo nupcial. Pero una vez repuesto de esta impresión, el ángel se dio cuenta de que algo anormal le había ocurrido. Por de pronto, no recuerda como ha llegado hasta el lugar donde se encuentra, después de su entrevista con San Miguel. Pero como acepta siempre obediente las órdenes sin discutir las, procurando obtener provecho de las circunstancias por ellas creadas, se dispone a recorrer el lugar para conocerlo y admirar sus indudables maravillas. Es, entonces, cuando descubre o, mejor, percibe con asombro, una inimaginada transformación en sí mismo: ya no es puro espíritu; se siente pesado, como si la tierra lo atrajera, impidiéndole elevarse y traspasar la materia. Con sorpresa se da cuenta que ha sufrido un cambio, una transformación que lo ha convertido en uno más de algunas de las especies que pueblan aquel mundo. Aunque no le invade ningún pánico, porque todo él rebosa confianza y sabe que nada ocurre sin la suprema Voluntad, no puede evitar un leve escalofrío ante el hecho de encontrarse en una situación absolutamente nueva e imprevista para él.

Humildemente acepta el hecho y, siempre tan dispuesto a la aventura, se dirige hacia el valle para conocer, desde la nueva perspectiva que le ofrece unos ojos materiales y una consistencia física, el contorno. Mas, al moverse como aquellos otros seres que habitan el lugar, lo prime-

ro que siente es una punzada desagradable en los pies: ha pisado las agudas púas de un arbusto, que se clavan en sus carnes haciendo brotar sangre. Por primera vez conoce el dolor, que le avisa de un peligro y le da una experiencia nueva. En adelante evitará ramas y objetos que puedan dañar la delicada superficie de su cuerpo. La bajada al valle ha sido penosa y difícil. De su frágil cuerpo ha surgido a raudales el sudor, en parte por el esfuerzo, en parte porque el sol quemaba, y todo ello le provoca una necesidad desconocida y nueva que descubre como calmar y eliminar al contemplar las nítidas aguas del río. Inclinado sobre él bebe largamente y se refresca sumergiéndose, al tiempo que descubre con esta acción un placer antes desconocido. Pero pasado algún tiempo, otra desazón vuelve a invadirle; mas, para ésta, encuentra pronta solución en los jugosos frutos de un manzano, que se ofrecen atractivos, sensuales, al alcance de la mano, sin apenas esfuerzo.

Y así, día tras día, poco a poco, va conociendo el mundo que tanto admiraba. Descubrirá la lucha por la supervivencia entre los distintos seres. Verá al majestuoso león devorar a la frágil garza; al astuto tigre saltar sobre la cebrá; a la imponente águila lanzarse en picado sobre el descuidado conejillo; a la repelente hiena apurar los restos del festín de los cazadores poderosos... Convivirá con el hombre y contemplará sus cacerías, sus luchas tribales, sus guerras interminables, sus ambiciones sin límites, sus miserias, crueldades, egoísmos... A veces, sus heroicidades, sus bondades y momentos felices, fugaces casi siempre.... Y también observará, con estupor, los múltiples males a los que están sometidos todos los seres vivos: enfermedades variadísimas, dolorosas, agotadoras y mortales; trabajos penosos, calamidades naturales que bajan del cielo en forma de lluvias torrenciales, arrasándolo todo, o que surgen de una tierra que tiembla destruyendo hogares y vomitando fuego y lava...

Lucerín desde su envoltura de hombre curtido y con experiencia, olvidando momentáneamente su condición superior, se pregunta la razón de tal forma de vida, la causa de una organización que induce a la lucha, que permite el dolor y cuyo ciclo termina siempre en la muerte, por la única causa racional de que la materia y la energía, en la tierra, son finitas y han de transformarse de manera continua. Pero, entonces, ¿para qué tanto derroche de esa misma materia y energía en el resto del universo, sin más objeto aparente que su grandiosidad o enormidad? Sin darse cuenta cuestiona cuanto admiraba desde su condición de ángel, quizá movido por la compasión a unos seres cuyas vidas están programadas para extinguirse de manera inexorable.

## IV

Fue en uno de estos momentos de tristeza, de preguntas sin respuestas, cuando se sintió arrebatado y transportado a las alturas. Su envoltura material desapareció y volvió a ser de nuevo espíritu; desaparecieron las sensaciones físicas que le habían conmocionado durante su estancia en el mundo finito. Ante él San Miguel le observaba y leía sus pensamientos.

-Lucerín, dijo, los designios del Supremo son siempre inescrutables. Ni nosotros mismos podemos adivinar o conocer sus intenciones, que escapan a nuestra comprensión.

...Y allá, en el mundo físico, la vida, ese fenómeno extraño y emocionante, de manera especial en su forma humana, continuaba su sugestiva existencia, llena de gozos y dolores, temblorosas inquietudes, sueños inalcanzados, esperanzas insatisfechas y un pavoroso miedo a perecer en el agujero negro de una nada eterna...

MIGUEL MOLINA RABASCO